

## DOMINGO XXXIV DEL TIEMPO ORDINARIO: JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO

### CICLO C



### 3<sup>a</sup> Lectura (Lc. 23, 35-43)

**“Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”**

*«En aquel tiempo, las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús, diciendo: –A otros ha salvado; que se salve a sí mismo si él es el Mesías de Dios, el Elegido.*

*Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: –Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.*

*Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.*

*Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: –¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.*

*Pero el otro lo increpaba: –¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada. Y decía: – Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*

***Jesús le respondió: –Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.» (Lc. 23, 35-43).***

***“Las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús”:*** S. Lucas ha descrito aquí la actitud del pueblo frente al Crucificado, que es de curiosidad y colaboración diabólica con sus jefes, y la actitud de los jefes, que es abiertamente hostil. No sólo no aceptan, sino que rechazan a Dios con blasfemia burlesca y criminal. La creación entera (pueblo judío y guerrilleros paganos) le niega a Jesús la realeza que reconocieron en David:

***«Vinieron todas las tribus de Israel donde David a Hebrón y le dijeron: “Mira: hueso tuyo y carne tuya somos nosotros.”» (2 Sam. 5, 1).***

El cosquilleo de Satanás en el interior del alma judía le lleva a expresarse con muecas burlescas contra el mismo Dios. Nadie puede permanecer indiferente ante Dios, cada cual adopta la postura que existe en su interior:

***«Éste (Jesús) está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción... A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.» (Lc. 2, 34-35).***

***“Diciendo: –A otros ha salvado; que se salve a sí mismo”:*** Jesús aguanta paciente tu vida muerta, matada en Él, en espera de que vivas. Por eso demora la salvación de sí mismo hasta haberte salvado a ti: después resucitará.

***“Si él es el Mesías de Dios, el Elegido”:*** Y precisamente por ser el Mesías se salvará a sí mismo y a ti también, pero no como tú concibes la salvación, sino como la concibe Dios.

Las dos expresiones, Mesías y Elegido, significan lo mismo y sustituyen y aluden al Rey de Israel esperado.

Hoy día sigue el grito de la chusma vociferando: “*Si eres Iglesia salvávanos del poder político*” (entonces Roma; ahora el tirano de turno). Este grito que no halló eco en el Corazón de Jesús, en un momento tan delicado de su vida, tampoco debe hallar ahora eco en ti, ni proyectar tu actividad religiosa hacia una vertiente de poder. Jesús no usó el poder, que sí tenía, sino que quiso fundamentar su religión en el amor. El

cristianismo es religión de amor, no de poder. Si Jesús hubiera usado las 12 legiones de ángeles (cf. Mt. 26, 53), nosotros nos sentiríamos ahora invitados a usar las armas contra las palmarias injusticias del poder de la humanidad, pero aquí no hay más armas que la cruz llevada con mucho amor. Y desde la Cruz, Jesús reina y ejerce su poder frente a todas las potestades humanas y diabólicas. Es desde aquí, desde la Cruz, desde donde la Iglesia ejerce su poder de amor. Es desde aquí, desde la Cruz, desde donde tú serás poderoso en amor trascendente.

**“Se burlaban de él también los soldados”:** Si Jesús es objeto de burla, de parte de todos, padeciendo la muerte en la Cruz, ¡qué tiene de extraño que se burlen de ti! Más aún, ¿te es lícito desear otra cosa de este mundo perverso, que mató a tu Dios y Señor?:

«Con otras muchas palabras les conjuraba y les exhortaba: “Salvaos de esta **generación perversa**.”» (Hech. 2, 40).

**“Ofreciéndole vinagre”:** Esta es la oferta que hace la humanidad a Dios, sin embargo, Jesús espera de ti que calmes su sed de amor:

«*Tengo sed.*» (Jn. 19, 28).

**“Y diciendo: –Si eres tú el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo”:** ¡Qué gran Rey es Jesús! No tanto piensa en salvarse a sí mismo, cuanto en salvarte a ti. Su misión es salvarte, y se olvida de sí. En verdad, Señor, que eres Rey de amor.

Para ti el vinagre, Jesús; para mí tu Sangre. ¿Qué te doy? ¿Qué me das? –¡Sangre–vinagre! ¡Qué permuta! ¡Los dos estamos locos!

- Si eres Rey sálvate de mí, que soy el homicida que te mata. Y Jesús se salvará de ti muriendo por ti.
- Jesús no piensa salvarse Él, sino salvarte a ti: ¡déjate salvar!
- Jesús aguanta paciente tu bofetada para darte un beso.
- Jesús vino a padecer por ti para salvarte a ti: ¿te dejarás?

**“Había encima un letrero”:** En lo más alto, como enseña de quien había sido hollado en el lodo; por encima del ajusticiado, como corona de gloria de quien había sido coronado de espinas. Está tan alto que nadie puede arrebatarle el título de gloria sempiterna: Rey Eterno.

**“En escritura griega, latina y hebrea”:** Es la escritura de la cultura, del poder y de la religión, es decir, es la escritura de la universalidad terrestre. Lo que proclama el letrero tiene un alcance universal.

**“ÉSTE ES EL REY”:** Es la exaltación solemne del reinado de Jesús, proclamada por los paganos con el letrero, y rechazada solemnemente por los judíos, pueblo elegido:

«*Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.*» (Jn. 1, 11).

¿Proclamarás con tu vida el reinado de Jesús? ¿Te ganarán los paganos que no conocen a Dios?

Jesús reina desde la Cruz, pero entre blasfemias. Por tu parte, deja todo y acude a la Cruz: Jesús te llama. ¿No es suma tragedia hacer la trayectoria de esta vida sin haberte entregado al Evangelio de Cristo Jesús?

**“DE LOS JUDÍOS”:** El objeto a regir es el pueblo judío, es decir, el pueblo formado por Dios para distribuir la salvación por medio de él: el Pueblo de Dios. Jesús reina sobre su Reino, su Iglesia. Fuera de su Iglesia, Jesús no tiene jurisdicción, es territorio de Satanás:

«*Mi Reino no es de este mundo.*» (Jn. 18, 36).

**“Uno de los malhechores crucificados lo insultaba”:** Pues malhechores son todos los que insultan a Dios. Cuando el malhechor, que ni su propia agonía lo humilla, insulta a Dios, no queda salvación para él, pero menos salvación habrá para las autoridades judías que crucificaron a Jesús entre malhechores para infamar su nombre.

El grito delincuente desesperado no ha visto que su salvación está en Jesús, pero no se salvará con espectáculo público, sino aceptando la muerte como remisión de su pecado.

**“Diciendo: -¿No eres tú el Mesías?”:** Esta expresión en boca del mal ladrón lo delata como judío, pues insulta a Jesús valiéndose del nombre de Cristo-Mesías, en vez del nombre de “rey”, que han usado los soldados romanos.

S Lucas, al presentar a los dos ladrones, piensa en esa insidia pre-conizada por el profeta Isaías:

*«Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.» (Is. 53, 12).*

**“Sálvate a ti mismo y a nosotros”:** Nuevamente se repite la burla de la “salvación”. Esta es la tercera vez que invitan a Jesús para que se salve de la muerte, pero todas las invitaciones fueron infructuosas, según el modo como los hombres conciben la salvación, no según el modo divino de salvación.

El insulto del mal ladrón denota la repugnancia que sentía de morir acompañado de Jesús. Se añadía al tormento de su muerte en cruz, el tormento de morir en compañía de Jesús. Dios lo atormentaba, pues su alma endemoniada no soportaba la presencia de Dios en su muerte.

Jesús ni quiso salvarse a sí mismo al modo humano de concebir la salvación, ni tampoco salvó a los ladrones, pues la cruz sigue a todo hombre durante su trayectoria terrena; pero la misma cruz que crucifica durante el tiempo, salvará para la eternidad, excepto para quienes reniegan de la cruz, cuya desesperación final lo condenará.

**“Pero el otro lo increpaba”:** Si un malhechor blasfema de Dios, hay otro malhechor que defiende a Dios y lo ama. El buen ladrón es un creyente sincero y humilde, que no podía aceptar la crueldad del otro malhechor ajusticiado con él. El buen ladrón sale a la defensa de Jesús, lo que le valió la vida eterna, a pesar de su mala vida temporal.

**“¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio?”:** Por el hecho de recordar el temor de Dios, se deduce que el buen ladrón era también judío. Parece que los dos ladrones eran judíos.

El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Si todavía no ha dado el primer paso el mal ladrón, entonces no hay salvación sapiencial para él:

«*Principio de la sabiduría es temer al Señor.*» (Si. 1, 14).

**“Y lo nuestro es justo porque recibimos el pago de lo que hicimos”:** La cruz que acoge al hombre es sus brazos es una consecuencia de su propio pecado, pero también, como en el caso de Jesús, del pecado de la humanidad. Jamás debes renegar de la cruz que padeces: siempre es menor de la cruz que mereces.

**“En cambio, éste no ha faltado en nada”:** Se trata de la Sentencia judicial sobre Jesús: como las autoridades judiciales religiosas y civiles han condenado al Inocente Cordero, el buen ladrón se levanta desde la cátedra de la cruz para absolver al Inocente y acusar y condenar a los culpables judíos y romanos.

Ciertamente ha sido un juicio sumario con sentencia valiente y desafiante, desautorizadora del judaísmo y del mundanismo. Ha desafiado todas las potestades corrompidas de este mundo maldito en defensa de la verdad. No hubo otra voz en defensa de Dios más que la de este malhechor.

Si el malvado ladrón de Judas traiciona a Jesús, el buen ladrón lo confiesa. Si Judas vende a Jesús en la libertad mundana, Dimas compra el Paraíso de Jesús en la libertad del patíbulo.

**“Y decía: –Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”:** El buen ladrón se dirige a Jesús reconociéndole como Rey del más allá y suplicándole humildemente un recuerdo favorable. El buen ladrón ha sido especialmente iluminado y cree en el Reino escatológico de Jesús, lo cual hace pensar en su pertenencia al pueblo judío. Por tanto, tres son los judíos ejecutados en el Gólgota: el Redentor, el redimido y el réprobo.

**“Jesús le respondió”:** Como el ladrón bueno acudió a Jesús en demanda de auxilio, “*Jesús le respondió*”.

**“Te lo aseguro”:** Y la respuesta de Jesús es enfática, en favor del buen ladrón. Si el buen ladrón proclamó con coraje la inocencia de Jesús, Jesús anunció al defensor de Dios con la entrada inmediata en el Reino que ha venido a instaurar.

**“Hoy estarás conmigo en el paraíso”:** Jesús se revela como el Redentor de los pecadores, y concede más de lo que se le pide: “*hoy estarás*

*conmigo en el Paraíso*”. Desde hoy la compañía de los justos en torno a Abraham (pues al morir los hombres bajaban al seno de Abraham) se convierte en “compañía de Jesús”, en un estar con Cristo.

“*Paraíso*”: En hebreo y arameo significa parque, vergel, jardín de recreo. En la Sagrada Escritura suele ir acompañado de un genitivo: “*Paraíso de Dios, del Señor, de delicias*”, y significa el jardín de recreo donde Dios colocó al primer hombre. En la literatura judía posterior y en el Nuevo Testamento reviste un sentido religioso.

Si los difuntos que fueron justos estaban en el seno de Abraham hasta la muerte de Jesús (Lc. 16, 23), ahora los justos empiezan a estar con Jesús.

*«Mientras le apedreaban, Esteban hacia esta invocación: “Señor Jesús, recibe mi espíritu.”» (Hech. 7, 59).*

*«Deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor.» (Filp. 1, 23).*

Y gracias al árbol de la cruz de Jesús, fue abolido el poder del árbol de Satanás:

**«UN ÁRBOL TRAJO LA RUINA Y EL PARAÍSO.**

*Adán se perdió por culpa del árbol, y tú eres conducido al paraíso por medio del árbol de la cruz. No temas a la serpiente, no te arrojará, ha caído del cielo (cf. Lc. 10, 18). Y no te digo: Hoy irás, sino “hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Ánimo, que no serás expulsado. Tampoco temas la espada flameante (cf. Gén. 3, 24), que tiembla ante el Señor.»* (S. CIRILO DE JERUSALÉN, Las catequesis, 13, 31; PG 33, 809).